

El ojo mágico-realista de Luis Carlos López

LUIS SUARDIAZ*

El célebre y a la vez olvidado López de Cartagena, escribió versos teñidos de romanticismo aunque no fue un romántico; navegó en las aguas del modernismo y el post-modernismo lo que no nos permite encasillarlo en esas escuelas, dibujó algunos perfiles vanguardistas, pero llegó leve y tardíamente a ese momento espectacular de la poesía. Su desempeño, con todas las cautelas que este término despierta hoy en día, se hizo más evidente en las comarcas del coloquialismo provinciano (provinciano de alto vuelo, con ímpetus universales), y en ese aspecto debemos considerarlo como un risueño y sabio padre —o abuelo— de los nuevos coloquialistas. No hizo trizas los postulados de su clase, ni se desligó totalmente de su educación (una educación **sentimental**, y a la vez improductivamente práctica), pero se las arregló para fijar un estilo, una personalidad,

* Escritor y crítico cubano, miembro de la Unión de Escritores y Artistas Cubanos, UNEAC.

* Publicado en Revista Biblioteca Nacional, números 1-2, 1982, Habana, Cuba.

LUIS SUARDIAZ

una manera propia de abordar el hecho poético. Nos costaría trabajo darle un sitio en la inmortalidad, someterlo a un catálogo, reducirlo a una foto de frente y otra de perfil, pero sin él nos sentiríamos mancos o cojos. Acaso pueda servirnos de algo decir que es uno de los mejores (para muchos el mejor) poeta de Colombia, país considerado como muy fértil en materia de poesía. Todavía no contamos con la edición cubana de sus mejores versos, con todo, los buenos lectores del patio no desconocen lo fundamental de su obra.

El alias de "El Tuerto" acompañó por siempre a este cazador de situaciones ridículas o humorísticas que en rigor era un bizco de ojo agudo para captar los bichos raros del zoológico cotidiano. Y no se piense que su particular visión de la realidad lo reduce a su país, a su lengua: existen traducciones al inglés, al danés, al portugués, al francés y al ruso. Los soviéticos, atentos al devenir de nuestras letras, no lo han encasillado en una edición destinada a los eruditos sino que imprimieron doscientos mil ejemplares de su obra lírica.

El 11 de junio de 1879 nació el autor de **Posturas difíciles** en Cartagena de Indias, en la Calle del Tablón; su madre aportó una cuota de sangre vasca, visible en el apellido —Escauriaza— y la tutela familiar vio en él a un futuro médico lo que se frustró cuando la guerra civil llamada de los Mil Días llegó a su ciudad natal en cuya universidad estudiaba la pálida quietud de los cadáveres en busca de revelaciones que le permitieran salvar vidas. Así, pues, pasó de la medicina al comercio, en compañía de su padre, y tuvo una escasa actividad en la política al uso como miembro del partido liberal. No sólo dejó páginas ambiciosas en las revistas y diarios de su Colombia juvenil, como todo principiante audaz, sino que fundó él también un diario —"Unión Comercial"— en compañía de su hermano José Guillermo. Como vemos, no escogió un nombre precisamente artístico para su libelo, aun así dicen los que lo conocieron que sobresalía por lo bien hecho, por su armoniosa presentación y porque no faltaban en sus páginas noticias y temas ajenos al comercio de los almacenistas y sí propios del comercio de las musas, como se decía entonces. En calidad de cónsul, para no desmentir la trayectoria diplomática de la mayoría de nuestros bardos, ofició en Munich y Baltimore. Su labor de cronista local, de fotógrafo de las naderías cotidianas, de paisajista, fue del todo voluntaria y forma parte de otra historia. El 31 de octubre de 1950, cuando ya había cumplido, no sólo setenta sino aun setentiún años, quedaron abiertos sus dos ojos —el bueno y el malo— en el fijo paisaje de la muerte. ¿Eso es todo?

En julio de 1973 la Editorial Bedout lanzó en Medellín su volumen 143 dedicado al Tuerto. Se trata de una autorizada antología que sirve como espléndida introducción a una obra sustentada por la pasión. Juan Lozano y Lozano sostiene en el prólogo que si se escogen seis poetas para representar a su país, López tiene que ser uno de ellos (los otros serían, según Lozano, Pombo, Silva, Valencia, Barba Jacob

LUIS SUARDIAZ

y León de Greiff). Pero de ser uno solo, la mayoría de los entendidos se decidiría por el cartagenero. No es aventurada esta hipótesis. Hay una edición crítica aparecida en Bogotá, en marzo de 1977, que recoge únicamente la porción poética de otra, más voluminosa, publicada un año antes. En esta ocasión la minuciosa recopilación aparece escoltada por un documentado ensayo de Guillermo Alberto Arévalo. No falta una nota especial para esta segunda edición en la que Arévalo cree oportuno hacer esta aclaración: "Se afirma (en la introducción crítica a la primera edición) que Luis Carlos López es un poeta revolucionario. Varios comentaristas quisieron deformar el sentido de tal afirmación, pretendiendo que se había encasillado al Tuerto como marxista. No bastó que allí se resumiera la vida de López, incluyendo su militancia 'republicanista', las contradicciones políticas de su trayectoria, las de su vida con su obra. Tampoco la inclusión de cartas que muestran cómo, en ocasiones, era abiertamente regresivo en aspectos como el racial. No. Había que refutar a toda costa que el poeta más popular de Colombia, al cual se creía maniatado por un simple monumento en su ciudad nativa, era un revolucionario. Los monopolistas del tema se indignaron. Pero se eludió enfrentar el argumento central: que la obra de López es revolucionaria porque es realista. ¿A quién se le ocurriría el despropósito de calificar a nadie de marxista en una época en la cual no había marxistas en Colombia? Pero resulta que la posición política y la biografía de un artista no determinan la orientación de su obra; muchas veces es precisamente todo lo contrario. Marx lo demostró a propósito de Balzac, Lenin lo ejemplificó en la obra de Tolstoi, y podrían citarse otros muchos ejemplos". "Antes que nada debemos consignar la utilidad del notable estudio de Arévalo. Ahora bien, entrando de lleno en la cuestión polémica y sin pretender ni por asomo unirme al coro de **protestantes** colombianos, no creo que pueda calificarse al Tuerto de revolucionario. Marx y Lenin por supuesto no situaron al genial francés y al ruso monumental en esa honrosa lista; son ampliamente conocidas las observaciones de Marx sobre Balzac y corren pareja suerte los artículos que, con el título de **León Tolstoi, espejo de la revolución rusa**, integran un folleto y han concitado el interés de activistas políticos y críticos literarios. Pero una obra no es revolucionaria porque refleje zonas de la realidad, traicionando la voluntad del autor, así como un autor no es revolucionario públicamente porque traduzca, copie o procese su realidad íntima o la realidad con mayúscula. La cuestión es más delicada y profunda. En el siglo XIX se podía ser revolucionario consecuente en nuestra América sin sustentar la filosofía del socialismo científico, y es bien cierto que la mocedad de López transcurre en el período en que crece y engorda el imperialismo. Mas tampoco entonces nutrió esos versos imprescindibles la pasión del revolucionario de su tiempo; es indiscutible que, como afirma Arévalo, "El gran fresco que estructura el conjunto de su obra nos brinda la más cabal imagen del provincianismo, esa cara 'accidental' del feudalismo colombiano, y también de la conducta burguesa, explícitamente vapuleada en sus versos", lo que no permite, sin embargo, calificar de

LUIS SUARDIAZ

revolucionario su trabajo. Hay que situar a López en el centro de su gloria, tarea grata, y me parece que Arévalo lo consigue en estas líneas y en lo fundamental de su exposición. Hay que desempolvar sus breves y eficaces poemas, relegados por las modas pasajeras, poco divulgados, mal catalogados, al menos fuera de Colombia, no porque su lírica encarne, exprese o solicite la revolución sino porque refleja, con gracia y profundidad, un largo período de la historia de su país (de nuestros países) y en ese sentido es parte irrenunciable de nuestra herencia cultural y lúcido material de estudio para aquellos interesados en saber de dónde venimos y qué hemos sido. Los revolucionarios de hoy no debemos renunciar a los valores olvidados o pisoteados por la burguesía, rechazados por los críticos adocenados, desconocidos por los espíritus débiles, ni pedirles a los abuelos que hicieran ya entonces lo que con tesón, sudor y sangre, viene haciendo la verdadera vanguardia de nuestra época, la que trenza el hecho estético y la pasión transformadora no para ocuparse del desafuero de las ramas copiosas sino de la raíz misma de **nuestras dolorosas repúblicas de América**. Es en la sociedad donde hay que dar la batalla principal, donde se hace preciso **cambiar la vida**. El arte y la literatura, ya se sabe, no marcarán el rumbo de las transformaciones sociales, no encarnarán un gobierno puro y soberano, no se levantarán, suficientes y magníficos, sobre los escombros de las luchas humanas sino que, una vez más pero ahora con más fuerza que nunca, tomarán partido, serán sustentados por el fuego del combate y de ese modo, sin que lo proclame un manifiesto o una declaración, representarán la revolución de la poesía y la poesía de la revolución, como señalábamos a propósito de Maiacovsky. Antes apuntábamos que el siglo XIX admitía la presencia de radicales desentendidos del socialismo, aunque, eso sí, inmersos en la liberación nacional. En nuestro tiempo no se concibe al revolucionario que desconozca, desdeñe o combata al socialismo. Con esa perspectiva nos asomamos al caserón poético de Luis Carlos López.

En Madrid edita en 1908 **De mi villorrio**, feo título, muy expresivo sin embargo, a tal punto que todos los poemarios posteriores tratarán del mismo asunto. La dedicatoria a su amigo Andreve es reveladora de su ironía, buena para curarse en salud, en ella se refiere a su propia obra como "librejo de consonantes". En rigor muchos no han visto en la gestión lírica de López otra cosa que consonantes estupendamente acomodados y bañados por el humor, sin entender que en él la forma no limita el vuelo libre, sin acabar de admitir que el humor es una cosa seria que permite ver las cosas no como quiéramos que fueran sino como son. "Tierra caliente" da inicio a esta sucesión de diapositivas escalofrantes

Todo está en laxitud bajo el reflejo
de la tarde invernal, la campesina
tarde de la cigarra, del cangrejo
y de la fuga de la golondrina.

LUIS SUARDIAZ

En vísperas de sus pocos productivos treinta años, el antiguo mozo de trastadas lanza al silencio general este librito atestado de agudas descripciones. De pronto en "Nota de viaje", mientras caza al vuelo aves zancudas, imprecaciones de cocheros, vacunos asustados, se le escapa una confesión respetuosa: Ya no me río/ de ti Rubén Darío. Y sigue la enumeración a veces fatigante. Este soneto, dedicado justamente a la cacería, le sirve para mezclar, como es corriente en él, lo trivial, lo irónico, lo trágico

Doy al olvido la escopeta, olvido
mi nuevo amor. Apoyo a un árbol ido
mi juventud, soñando cosas viejas,
con el galgo a mis pies, un galgo bueno
de ojos tristes, ojos de Nazareno,
y que tiene caídas las orejas.

Mitín da salida a su efervescente vanguardismo: "Apóstol del Derecho, un petardista/ de frac y cubilete,/ volcó sobre la turba/ de los descamisados/ todo un cajón de frases". El mira desde un tejado a los guardianes apoyados sobre las bayonetas "con toda la frialdad de un erudito". Otra vez aparece en una terraza donde se celebra un espeluznante **five o'clock tea** y se conduce de sí mismo por encontrarse entre esas "almas rastreras", se lacera por ese desvanecimiento de sus convicciones "Ni que tú, desgñados los tirabuzones,/ de tus cabellos, busques nuevas sensaciones/ con algún dependiente de Lanman y Kemp". "Una viñeta" recoge para siempre la "Tarde sucia de invierno" y sobre todo el ser humano desvalido: "Los labradores, camellón abajo,/ retornan fatigosos del trabajado/ como un problema sin definición./ Y el dueño del terruño, indiferente,/ rápidamente, muy rápidamente,/ baja en su coche por el camellón". En el tributo que le paga a la naciente maravilla del cine logra este movido final: "Y el tren a toda máquina. Marea/ la borrosa visión, siempre truncada,/ de un árbol, de una aldea,/ de un poste, una cascada, otra cascada". Y de pronto esta "Tarde de verano" que pescamos en alguna antología y que nos gustaba lanzar a los cuatro vientos de nuestra ciudad custodiada por dieciséis iglesias

La sombra que hace un remanso
sobre la plaza rural,
convida para el descanso
sedante, dominical...
Canijo, cuello de ganso,
cruza leyendo un misal,
dueño absoluto del manso
pueblo intonso, pueblo asnal.
Ciñendo rica sotana
de paño, le importa un higo
la miseria del redil.
Y yo, desde mi ventana,
limpiando un fusil, me digo:
—¿Qué hago con este fusil?

LUIS SUARDIAZ

Nacer en la capital del llano, la antigua Puerto Príncipe nos capacita para entender el drama de los colombianos, para aplaudir estos dardos lanzados contra los señores de la Iglesia que viven en la superstición y se beben la sangre del pobre. Tendría que pasar más de medio siglo para que surgiera Camilo Torres, un cura valiente y generoso que sí sabía lo que tenía que hacer con un fusil engrasado y propicio. Ojo con esta "Postura difícil"

Siento el paisaje. Pero la vecina noble señora muy devota, muy de mi pueblo, me ofrece su anodina conversación de ama de llaves. Y mientras la vieja va zurciendo prosa debajo de un cielo color de pus, le pregunto pensando en otra cosa: ¿De qué murió Teresa de Jesús?

Estamos en 1908. A seis años de la proclamación de la tibia república burguesa los cubanos no podíamos ofrecer nada parecido. Escasa es la buena poesía en esta década raquítica. Y aun la buena es comedia y decente, pide permiso a diestra y siniestra y no se atreve a perturbar la siesta del lector.

En homenaje quizá a su exitoso cuento de la prosa zurcida, titula **Posturas difíciles** su segunda entrega orgánica, también impresa en Madrid un año después de sus intensas acuarelas del villorrio. Pasa, entre sonetos rurales, triquitraques y borrachos, el entierro de un desposeído ("Es natural/ que lo acompañe un perro/ bajo la indiferencia vespertal") y es natural que el poeta y el resto de la gente pregunte cuál fue la causa de su muerte

... Sería
de bulimia, es decir,
de no haber visto la panadería
con ojos de fakir

López, que apenas si conoce Bogotá, clava sus líneas afiladas en el rostro de "Los que llegaron de París" y se entrega a las veintinueve copillitas intencionadas que integran **Despilarros**, cuyo mascaroncillo de proa reza de este modo

Nada pierdo
y gano poco
con ser cuerdo.
Mejor es volverse loco

La retahila de retratos costumbristas del Tuerto no conduce a la risa franca, si acaso a la sonrisa triste. O a la seriedad absoluta

LUIS SUARDIAZ

Le fusilaron esta
madrugada
como si fuese un criminal.
¿Y la social
protesta?
Ninguno dijo nada.
Y aún vibra todavía
dentro de mí —¡qué amarga
tontería!—
la descargante
de la fusilería.

Honesto cronista de su activa y a la vez enajenada ciudad, cierra el ciclo con la navaja de la crítica cortando el aire

Cantan las esquilas en el campanario
(las mujeres van
para misa, sermón y rosario):
por e-so las co-sas es-tán como es-tán

Por tercer año consecutivo hace imprimir un folleto de versos en la capital española. En esta ocasión comparte el camarote con Abraham López Penha y Manuel Cervera, el prólogo lo pone Francisco Ramos y todos encomiendan y dedican el conjunto a un pensador y poeta entonces en la flor de sus audacias, Miguel de Unamuno, un trágico al que todos llamaban Don Miguel, y ellos también. La porción de López trata de la aparición de un nuevo año "¿Qué hacer/ para ir tras el imán/ del optimismo en un amanecer/ que huele a queso y pan?". Se detiene en los ritos de la Nochebuena "Y en la misa de Gallo, como un ser inocente,/ masticarás tus rezos ante el mártir doliente/ que viste taparrabo sobre un madero en cruz". No falta la cita inquietante del utópico Proudhon quien se pregunta angustiado: ¿Qué es la propiedad? Como respuesta el cartagenero admite que si el mundo gira es "con un pequeño desnivel". En su contemplación del paisaje de Sorolla, el Tuerto descubre una lluvia diagonal. No sé cómo calaría sus huesos pensantes esa lluvia, mas yo también recogí en versos por ahora inéditos, y enviados al poeta cubano Raúl Luis hacia 1957, una misteriosa lluvia diagonal que rompió el silencio de la vida provinciana con una y otra ráfaga, todavía no conocía al Tuerto y sus recursos, pero conocía, vivía la provincia. Un giro rápido nos descubre una casa cualquiera de la infancia: "Y la cocina,/ que no huele a rosas,/ se encuentra junto a la letrina./ Cosas/ de la raza latina". Vean este cintillo engañosamente romántico. "Esto pasó en el reinado de Hugo", que conduce a un sarcástico tema propio de Tallet

Subí por la escalera
del ideal,
siguiendo una ilusión.
Pero me fue de una manera
mal,
porque di un resbalón.

LUIS SUARDIAZ

Casi nunca fue afortunado o sugerente en los títulos este Tuerto de Cartagena. Ni siquiera cuando confió por vez primera un fardo de versos a las imprentas de su pueblo en 1920 y, para cortar camino seguramente, les dio el nombre de **Por el atajo**. Los regocijados lectores recordarán que allí les espera una fresca composición, "Cielo y mar" que narra un aburrido viaje en barco

Mas de improviso linda y fachendosa,
cruza una camarera... —¿De manera
que aquí tenemos una camarera?...
¡Caramba!... Ya la cosa es otra cosa.

Una pieza que las antologías han difundido, y las declamadoras, de tal forma que López fue visto entonces con un solo ojo juguetón y erótico. Hay también erotismo, más profundo y lírico en su "**Campe-
sina, no dejes...**"

Campesina, no dejes de acudir al mercado
con tus rubios cabellos —coliflor en mostaza—
y tus ojos, tus ojos donde anida el pecado...
¡Quién no acude por verte cuando cruzas la
plaza!...
Si hasta el cura del pueblo que es un alma sencilla,
al mirarte sacude su indolente cachaza!...
¡Si eres égloga!... Y cantas, sin cantar, la semilla
y el surco, los molinos, el arroyo parlero,
donde viajan las hojas su tristeza amarilla...

El soneto a la ciudad natal, el de la "caterva de vencejos", las desaparecidas botijuelas de aceite y los reverenciados zapatos viejos halla sitio en este hojlerío y desde él comienza su afamado tránsito. El tiempo cambia el color de las fotos fijas en la poesía de López, paulatinamente el ruido es mayor, la velocidad establece su reino, se asoman motos y carros norteamericanos, cosen ciegamente las máquinas Singer, y algún vecino muere sentado en eso que llaman "¡W.C.!", mientras en la calle andan "cuatro perros detrás de una perrita", el ambiente convierte en maridos lentos y apacibles a los apasionados jóvenes que ayer querían sacudir las ramas de los árboles y engrandecer el arte, el tiempo amarillo de la provincia casi feudal somete las conciencias y las ilusiones

Se han ido a pique oyendo las pláticas del cura,
junto con la consorte, la suegra y los niños...
¡Qué diablo!... Si estas cosas dan ganas de llorar.

Con frecuencia el poeta nos impone loas a la vida campesina, al retiro entre simples animales y flores innominadas, eso ocurre también en "Egloga tropical" de rima laboriosa cargada de caimitos, huevos de iguana, ardillas, tortas de casabe, gallinas. Con todo no se engaña, él no puede "como un fakir verse el ombligo" ni andar en dos patas "como un orangután con alpargatas".

LUIS SUARDIAZ

Puesto que voy sin rumbo,
cual un desorientado peregrino
que va de tumbo en tumbo
buscando en el camino
cosas que a ti te importan un comino.

Así pues revela el Tuerto lo que algunos llamarían preocupaciones metafísicas y otros angustia por el sentido de la vida terrestre.

Además de estos libros, armónicos, organizados (es oportuno subrayar que **Por el atajo**, conoció una segunda versión en 1928 a cargo de la casa Mogollón de Cartagena), Luis Carlos López como todo autor que se respeta dejó páginas dispersas donde a veces brilla su ingenio y se reafirma su genio. Los lectores de **Residencia en la tierra**, recordarán los húmedos trapos, la ropa íntima que hace gotear "lentas lágrimas sucias". Eso nos impresionó a los buenos muchachitos, recién salidos de Bécquer, Jorge Isaacs y Amado Nervo. Pero no conocíamos el "Barrio holandés" de López

Perfectamente
serio luce un buey
su gravedad teológica. No hay gente
por la calle. Amarillo
de mamey
resulta el cielo. Y puestos a secar
en una alegre tapia de ladrillo,
flotan dos camisetas, un calzón
de algún lobo de mar
con un remiendo azul en fondillo,
y junto a enorme par
de gruesos calcetines de algodón,
cuelga la indiscreción de un calzoncillo.

Todavía no lloran gruesas lágrimas oscuras estos calzoncillos. Pero ya gritan la angustia de la vida infeliz, aunque el rojo mural de ladrillos intente sugerir un escape, una azarosa solución. Esa prisión más bien visible se halla retratada en "Mi burgo". Sin el asomo de una sonrisa, López se refiere a lo que hoy llamaríamos la problemática social de Cartagena de Indias. Allí

Los mismos rudimentos de hace tres siglos... Nada
de una protesta. Todo completamente igual:
callejas, caserones de ventruda fachada
y un sopor, un eterno sopor dominical.
Población anodina, roñosa, intoxicada
de incuria,
—aquella incuria del tiempo colonial—
con su falsa nobleza de acéfalos, minada
por el fraile y la hueca política venal.

LUIS SUARDIAZ

Esa es su tierra que ama con pasión, que vive "en la atonía de lo incurable" y, lo que es más, contradictoria "bajo la risueña ironía/ de un cielo azul, de un cielo siempre primaveral".

El peso de lápida de la ciudad abarrotada de pequeñas cosas inútiles y moscas y miseria, una ciudad que hoy llamaríamos subdesarrollada, no lo abandona en sus viajes. Nueva York, por ejemplo, le inspira un par de sonetos a ritmo de martillo neumático. Los rascacielos le parecen "fantasmas de otro planeta", la "oscura grieta de su pueblo" le parece un sabroso refugio y pregunta, entre broma y veras

Dime qué haremos, dime qué hacer en este caso...

Mira tú si es idiota viajar en ascensor,
no sabiendo nosotros, biznietos del atraso,
ni jugar a ese juego científico del golf!...

En la dispersión de sus últimos papeles no se apaga la malicia, mas generalmente se apaga la poesía. Hay que darle al bizco de Cartagena lo que a él le corresponde: la llanura caliente de las primeras décadas del siglo, en ellas trazó anticipaciones. A partir de los cincuenta zurcía versos, como prosa su amiga ama de llaves. Esto no se le escapa al agudo Arévalo quien además precisa: "Su vida (como su obra) fue suma de contradicciones: 'La sonrisa en la cara y la pistola Colt en el bolsillo' decía que era su actitud habitual. Romántico e irónico, poeta y comerciante, autor de una obra llena de picardía pero burgués 'a cordel' tal y como lo recuerdan en Cartagena, rebelde pero desilusionado y hasta cierto punto asimilado por el orden que motivaba su rebeldía intelectual. Desde los veinte años era consciente de tal situación contradictoria

He mamado la leche de mi raza; hoy no puedo
sentir sin un espasmo de fanático miedo
acostarme de noche sin ponerme a rezar..."

No tengo mucho más que decir en este sentido. Desparrramados en la sabana gris de su última etapa podemos hallar fognazos de francotirador vencido. Fue el cantor de una "República/católica, apostólica/ romana y fregadísima". No tuvo piedad, esa forma refinada del desprecio, de los fatídicos buscadores de plata, de los falsos profetas, de los clérigos hipócritas. No tuvo piedad de sí mismo. Se declaró ateo, peligroso liberal, diablo completo. Ni tanto. Recogió los reflejos de la realidad exterior en sus rimas disonantes con las mínimas distorsiones que su formación imponía. Y lentamente se fue replegando.

En 1926, cuando el Tuerto tiene cuarentaisiete años y prepara la segunda edición de **Por el atajo**, el joven Luis Vidales (que mientras escribo estas líneas está de nuevo en la cárcel burguesa y es largamente un poeta revolucionario) publicaba **Suenan timbres**, sonoro y afilado exponente de la vanguardia poética, olvidado y desconocido

LUIS SUARDIAZ

poemario que no desmerecía de los aparecidos entonces en el campo recién roturado de nuestra lengua. Campo roturado, sembrado a trechos, buena tierra para la honda poesía contemporánea. Vidales no se queda en la vanguardia literaria. En 1930 participa en la fundación del partido comunista, dirige un periódico marxista-leninista y escribe textos como "Jauja", "16 de marzo", "Cuarto oscuro", "La costurera", "Los machetes" y "Lunes obrero", publicados en **La obrería**. El primer título se mueve entre las llamas azules de la vanguardia y el ojo mágico-realista de Luis Carlos; plantea Vidales la pelea entre los obreros, naturalmente explotados, y los burgueses que beben champaña como en los alegatos del futurista Maiacovsky. El final es lopezco: "y para el día de elecciones/ que las fabrican en Washington/ un político en la plaza/ desde un parapeto grita/ viva la democracia/ y el obrero le responde/ ¡viva!". Los demás se independizan de ese coloquialismo, de esa ironía más bien pacífica, en ellos las palabras conducen a una toma de posición, a una filosofía; nueva es la estética, y también propone una ética nueva. Las cuatro estaciones del año natural desembocan en una prometedora: revolución, los macheteros colombianos se unen a los de todo el continente mestizo, el sol ya no recuerda a Ulises sino a Lenin, rojas son las banderas de la lucha y "Hoy en Rusia es primavera la Historia". El final de "Lunes obrero" es una hermosa proclama: "Pon el oído atento, ciudad, a las poleas, al hombre, al campo.../ Semi-muerto burgués, alma de estación vacía:/ los obreros van en el ferrocarril de la dialéctica/ —en el viejo grandito expreso—/ a 2.000 kilómetros por hora./ La ciudad, en la mañana, sola/ Apenas está aquí la policía, verja de la propiedad/ burguesa". Vidales es el joven que vuelve de una Europa vibrante, en estado de guerra, un científico en formación que pertenece por entero a su época y se adelanta a las condiciones concretas de su país. Ahora es un hombre maduro, suave y firme. Desde aquí le rendimos homenaje y le reservamos un nuevo abrazo para un día, otro día de diálogos en el porvenir, como los memorables de hace tres años en La Habana. Pero ¿olvidamos al Tuerco? ¿Nos vamos de carril? No. Aquí le diríamos abur, parados como estamos en la estación provinciana de 1930, año fundamental para muchos de nuestros países. Ahora bien, no lo haremos. Después de todo cada uno vive su hora, aporta su cuota, hurga su circunstancia, expresa lo que su entendimiento, su talento, sus intereses, su formación, permiten. La dialéctica materialista nos ha enseñado a no ser ni piosos ni iconoclastas. Luis Carlos López ha sido llamado antipoeta, revolucionario, costumbrista, irónico, provinciano, rebelde, liberal, inadaptado, conformista... tantas máscaras ocultan su rostro. Fue, sin dudas, un gran poeta. Acaso el más grande de Colombia, un artista serio y consciente que se detuvo en los límites de la pequeña burguesía radical de nuestras provincias de fines de siglo XIX y principios del XX. Podríamos reprocharle sus limitaciones. Sería inútil. Otros, muchos otros, han preferido desconocer su valioso aporte, inútil también. Su historia, contada en tono menor, resiste los crepúsculos desvaídos, y hoy merece ese cariño que uno le tiene a los

LUIS SUARDIAZ

maestros sinceros que saltaron sobre sus cortantes contradicciones y se negaron a formar parte de las legiones de vencejos que pueblan la historia de la literatura. O más exactamente, de las cavernas de pendejos, como atinadamente diría el Tuerto López. ♦

* * *